



Anjel Lertxundi, escritor

“En literatura he sido bastante lobo solitario”

Si buscásemos una palabra para definir a Anjel Lertxundi sería “eclecticismo”. El autor guipuzcoano (Orío, 1948) ha escrito guiones para cine y televisión, colabora diariamente en *Berria*, ha publicado novelas infantiles y juveniles (*Muxubero, mon amour, Peru eta Marixe, mila eta bat homerixe*), relatos (*Lurrak berdinduko nau, Piztiaren izena*), novelas (*Argizariaren egunak—Los días de la cera—, Zorion perfektua—La felicidad perfecta—, Etxeko hauitsa—Los trapos sucios—*), ensayos (*Eskarmentuaren paperak—Vidas y otras dudas—*), libros de viajes, biografías... Todo un listado de obras que convierten a Lertxundi en uno de los referentes de la literatura en euskera, pese a que comenzara a escribir en castellano, “incluso obtuve algún premio de narrativa juvenil”.

Fue a punto de cumplir los veinte cuando decidió recuperar su lengua: “empecé a encontrar referencias muy interesantes que no había encontrado hasta entonces: Xabier Lete, Aresti... Surge un gran movimiento teatral en euskera, que poco tenía que ver con la oferta casposa que venía desde Madrid, comienzan las reflexiones sobre la lengua de gente como Oteiza... En un libro medio autobiográfico, Pere Gimferrer hablaba de su iniciación intelectual, y planteaba que la vida social y cultural más interesante en Cataluña estéticamente se estaba desarrollando en catalán o en torno al catalán. A mí me reconfortaba el acercamiento a esa modernidad que se estaba produciendo en euskera, y plantearlo en términos culturales y estéticos, que son los que me interesan a la hora de elaborar mi discurso sobre la escritura”.

Lo curioso de aquel descubrimiento literario fue que hasta ese momento prácticamente toda su producción literaria en castellano había sido poética. “Desde que escribo en euskera casi no me he acercado a la poesía”, asegura. “Es la relación afectiva y particular que uno mantiene con las lenguas. En mi caso, mi primera voz poética fue en castellano”.

Pese a que en la actualidad escribe en ambos idiomas, Lertxundi nunca ha querido traducirse a sí mismo. “Mi traductor siempre ha sido Jorge Giménez, menos en *Zu*”, su última novela. Ante la imposibilidad de Giménez, fue Gerardo Markuleta el traductor. “Traducirme yo mismo sería como traicionar el original; buscaría atajos para no esforzarme si me encontrase con alguna dificultad literaria, cómo abordar un similitud en euskera, por ejemplo. Me diría, bueno, ya lo solucionaré en la traducción. Sería como hacer trampas al solitario”.

Nuevas formas de escribir

Le gusta la combinación de géneros, “lo fragmentario, que tiene mucho que ver con los tiempos que vivimos, con esa dispersión de la recepción de la realidad que favorecen los medios de comunicación. O las nuevas tecnologías. Desde que está Internet leemos diferente, de manera aparentemente desorganizada, en base a fragmentos, que te llevan a escribir también distinto. Son textos más breves, con una cierta desconexión, que buscan la complicidad del lector. Y no sólo en el dietario, sino también en la novela. *Eskarmentuaren paperak* tiene mucho de eso”, señala. “Escribimos diferente porque sólo el mero hecho físico de usar la máquina de escribir, quitar la hoja y tirarla a la papelera cuando escribías mal una palabra, te llevaba a tener claro lo que querías plasmar, a pensar los párrafos. Hoy para cuando has escrito una frase, has podido hacerlo treinta veces. No sé cómo afectará esto al funcionamiento mental, pero sí lo hace con la escritura. Si el mundo cultural y tecnológico cambia a velocidades tan impresionantes, algo tendremos también que cambiar nosotros”.

En 1982 participó en la fundación de la Euskal Idazle-en Elkarte, de la que llegó a ser su primer presidente. Aunque se considera “bastante lobo solitario, pero por una cuestión temperamental. No sigo al detalle lo que se escribe, porque supondría leer tanto de lo que me in-

teresa como de lo que no”. Sin embargo, tiene la sensación de que el rumbo que está tomando la literatura vasca es más interesante que el de hace veinte o treinta años. “Entonces la temática y los modos de escritura se parecían mucho, algo previsible porque estábamos con el tema del euskera batua, no podíamos ser rebeldes ni permitirnos veleidades, algo que literariamente es peligroso: coarta la libertad. Ahora podemos experimentar, y tenemos una riqueza dialectal que nos permite marcar situaciones. Es como en *El amante de Lady Chatterley*, en la que el jardinero hablaba con la señora en un inglés culto cuando estaba a buenas, pero lo hacía en *cockney* cuando se enfadaba. Cuántas veces hace referencia Pío Baroja a la lengua de sus personajes.

Ha sido galardonado con el Premio de la Crítica en 1983 por *Hamaseigarrenean, aidanez* y en 1991 por *Kapitain Frakasa*. En 1999 obtuvo el Premio Euskadi de Literatura por *Argizariaren egunak*, y en 2010 el Premio Nacional de Ensayo por *Eskarmentuaren paperak*. “Los premios literarios sirven para promocionar las obras”, asegura, “pero todos sabemos cómo están organizados. Lo hablaba hace poco con Juan Kruz Igerabide y Karlos Linazasoro: no te los creas demasiado cuando te los den, ni sufras cuando no. Hay que saber relativizarlos. Yo lo intento”.

En su última novela, *Zu*, relata la experiencia del cáncer de su mujer, “un esfuerzo de sinceridad ante algo demasiado cercano. No tenía pensado un libro, escribía como desahogo, hasta que me di cuenta de que el material que tenía era importante. Un día mi mujer me dijo: tú estás escribiendo algo, y que tenía que ser una especie de triunfo sobre la vida. Creo que lo es. En el fondo, los escritores somos como aves de carroña y enseguida picoteamos en los desperdicios”, dice dibujando media sonrisa.

Alex Oviedo



“Internet ha hecho que leamos y escribamos diferente”

“Cuando te dan un premio no te lo creas demasiado, ni sufras cuando no”

“Mi discurso sobre el euskera me interesa en términos culturales y estéticos”

“Los escritores somos como aves de carroña”